

La geografía humanística

José ESTÉBANEZ ALVAREZ

1. Introducción

En este artículo me propongo analizar de un modo crítico la corriente geográfica humanística, tomando como base las obras de los autores más representativos de este enfoque, y de un modo especial, la aportación de los fenomenólogos existenciales y la de los idealistas.

En los últimos veinte años, en una disciplina pacífica y tranquila, conformista con sus objetivos y métodos se está produciendo un debate continuo sobre el papel de la geografía en el campo de la ciencia, la pertinencia de sus métodos y la contribución de sus resultados. En general, y hasta finales de 1950, la geografía se desarrollaba de forma aislada, sin mucha preocupación por la fundamentación filosófica, ni tan siquiera por la evolución de otras ciencias sociales. Se desarrollaba de forma autónoma con unos fines académicos y unos supuestos de conocimiento objetivo y aséptico así como con una preocupación por formar profesores y porque la geografía estuviese lo mejor representada posible en las enseñanzas medias y universitaria. En la década de los 50 y con la «revolución cuantitativa» se pone en tela de juicio la ortodoxia vigente, que en nada había variado de Hettner (1927) a Hartshorne (1959) y cuyo fundamento y justificación filosófica se inspiraba en el dualismo de las ciencias introducido por Kant. Es en Estados Unidos en donde bajo la influencia del positivismo lógico, la demanda social que exigía «domesticar» el crecimiento económico buscando afanosamente unas supuestas leyes de organización del espacio, y el deseo de la comunidad de geógrafos de dar a su disciplina y al quehacer investigador un rango científico, en donde comienza la «revolución cuantitativa» difundándose luego a Suecia, Gran Bretaña, países

socialistas europeos y ya en la década de los 70 a Francia y países mediterráneos. El enfoque cuantitativo se generalizó, pero nunca arrasó al enfoque regional, ni tan siquiera en Estados Unidos en donde Hartshorne y Sauer tuvieron numerosos partidarios, sin olvidar el caso francés en donde sólo afectó de un modo minoritario y muy tardíamente.

Desde entonces quedó abierto el debate, si bien en la década de los 60, el empuje de la «nueva geografía» parecía haber calmado los ánimos y presentía la aparición de un paradigma en el sentido de Kuhn (1971). Sin embargo, a finales de los 60 se levantan voces en contra de la «dictadura absolutista» del positivismo lógico y se abre de nuevo un debate más vivo y variado que el que tuvo lugar con el advenimiento de la geografía cuantitativa. El «relevancy debate» dio origen a un nuevo planteamiento, a un examen de conciencia que fuese «más allá de los exponenciales» y de los refinamientos metodológicos y técnicos, ocasionando una postura de crítica radical a los supuestos, objetivos y resultados de los geógrafos cuantitativos.

A partir del movimiento radical se fueron clarificando posturas y alternativas muy heterogéneas, desde un positivismo humanista reformista que postulaba solamente un cambio de temática (Smith, Morill), hasta posiciones idealistas como las de Guelke, o fenomenológicas representadas por los trabajos de Yi Fu Tuan o A. Buttimer, incluyendo también la corriente anarco-marxista que ocupó un puesto hegemónico en las filas de la geografía radical (Peet, 1981, 1977, 1978; Hurst, 1979, Capel, 1981; García Ramón, 1977 y Frutos, 1980).

Por consiguiente, en la geografía que había sido conformista y perezosa durante muchos años, aparece, en época reciente una «explosión epistemológica» en donde se manifiestan muchas alternativas a la geografía cuantitativa, produciendo una apariencia de caos en la disciplina y una cierta anemia en la investigación empírica, lo que hace concluir a Johnston (1979), ante el actual panorama, que hay un excesivo número de geógrafos que predicán y pocos que trabajan.

Entre tanto, ¿qué ocurrió en la geografía española? Smith (1979) afirma que la geografía cuantitativa en Estados Unidos llegó a la planificación y a la ordenación del territorio un poco tardíamente, puesto que la «nueva geografía» apareció cuando ya se le había asignado la función de planificación y ordenación del territorio a otras ciencias sociales, y comenzaba a aparecer una actitud crítica al enfoque positivista introducido en las ciencias sociales. En España el desarrollo de la geografía universitaria fue tardío y se ha concebido como auxiliar de la historia. Recuértese que, salvo en la Universidad de Zaragoza en donde funcionó una Sección de Geografía desde 1957, en las restantes Universidades hasta 1970, los licen-

ciados en geografía e historia, sólo cursaban cuatro materias de carácter geográfico (dos geografías generales, geografía descriptiva y geografía de España) de un total de 25-30 asignaturas.

En la década «desarrollista» de los años 60 en la que se originó una fuerte expansión de la enseñanza media y universitaria, la geografía tuvo como objetivo esencial formar profesores de enseñanza media y universitaria, perdiendo, además, la presencia de la geografía en la Facultad de Ciencias Económicas en donde la Geografía Económica fue cambiada de nombre y pasó a llamarse Estructura Económica.

Por otra parte, por razones de proximidad y de lengua, la geografía española siguió muy de cerca la francesa. En estas circunstancias, parece claro, que los geógrafos, salvo casos excepcionales, no tuviesen ningún papel en los Planes del Desarrollo, ya que al carecer de formación básica (técnicas de análisis espacial y estadística) no podíamos cumplir el papel de redactar informes y estudios que sirviesen para justificar intenciones «a priori» o bien consagrar «hechos consumados», recurriendo para ello a «consultings» privados, compuestos en su mayoría por economistas, arquitectos e ingenieros.

Estas circunstancias explican que la Geografía quedase relegada a una disciplina académica, con escasos recursos y consagrada exclusivamente a formar profesores de geografía. Así se explica que las aportaciones de geógrafos cuantitativos sajones sean más utilizadas por economistas y arquitectos que por los propios geógrafos. Por lo tanto, la geografía española no participó propiamente en el debate cuantitativo, puesto que este enfoque es casi inédito y cuando comienzan a agitarse tenuemente las aguas de la comunidad de geógrafos es a propósito del concepto de región en 1979, debate que se inició de forma sistemática e institucional en la geografía americana en 1950 (James, 1954).

En el seno institucional se ignoran las nuevas tendencias, o bien se inventan «fantasmas a la medida» para destruirlos; e incluso parece apreciarse una cierta complacencia ante los nuevos enfoques (idealismo, fenomenología), puesto que propugnan aparentemente una vuelta a Vidal de la Blache y un rechazo total al positivismo lógico en geografía. Sin embargo, yo quiero subrayar que estas propuestas son el fruto de una reflexión crítica de varios decenios y no de un inmovilismo o de una afirmación dogmática de adscripción a un enfoque por considerarlo «ortodoxo», el único válido. Estas posturas son abiertas, no excluyentes y nunca pueden por tanto avalar posiciones irreflexivas de aquellos geógrafos que se juzgan sabedores de la verdad y representantes de la «auténtica» geografía cuando no de la geografía misma. Afortunadamente, somos muchos ya los que creemos que es mucho lo que puede aprenderse de los

diferentes enfoques consolidados o en embrión, ya que amplían la temática geográfica, abren caminos de importancia insospechada, hacen de la geografía una ciencia abierta a otras ciencias sociales y, en definitiva, cabe pensar que este camino ayudará a resolver los problemas humanos mucho más que consagrando de un modo exclusivo y ciegamente, el empirismo irreflexivo, dogmático y excluyente. Por tanto, estos enfoques no avalan «sus certezas y seguridades».

Asimismo, existe una corriente cada vez más generalizada entre los alumnos y «jóvenes geógrafos» manifestado en casi todos los «Encuentros de Geografía» que sus salidas profesionales se ven limitadas por su falta de preparación en «ingeniería espacial»; pensamos en cambio que ésta no es la causa esencial, sin que ello quiera decir que no sea preciso cambiar los planes de estudio, para lograr un mayor grado de aprendizaje (destrezas, técnicas y sobre todo valoración crítica) que de información. La causa esencial es que la geografía llegó tarde a la ordenación del territorio y los monopolizadores de la «organización del espacio» (ingenieros, economistas y arquitectos) no nos abrirán gentilmente paso en sus filas. Los productos que elaboraron estas «técnicas del espacio» no son difíciles de emular por el geógrafo, y el problema no es de capacitación solamente. Además ¿se cree sinceramente que la organización del espacio y su problemática se resuelve sólo administrando recetas espaciales aunque sean geógrafos los que las expidan? En este contexto y hechas estas aclaraciones y juicios de valor, presentamos una corriente de pensamiento geográfico no muy conocida en nuestro país, (García Ballesteros, 1981), denominada «geografía humanística», apoyándonos en las obras más importantes de los autores representativos de esta corriente. Por último, haremos una valoración crítica de este enfoque desde posiciones muy dispares.

2. La Geografía humanística

El enfoque positivista lógico en el que se apoya la «nueva geografía» sufrió también una respuesta crítica por parte de la llamada geografía humanística que al tiempo que cuestionaba la validez del enfoque cuantitativo proponía una nueva alternativa, más acorde, según sus partidarios, con el carácter de ciencia social de la Geografía. La *geografía humanística* ha de verse como una crítica y una alternativa a lo que se consideró la «dictadura intelectual del enfoque cuantitativo en Geografía» (A. L. Sanguin, 1981, p. 561).

Este movimiento geográfico se inserta en un contexto más amplio, que afecta a todas las ciencias sociales, puesto que con la destrucción agresiva

de la técnica de los valores humanos se empezó a poner en duda el carácter ideal, objetivo y exento de juicios de valor que el positivismo lógico atribuía a todas las ciencias sociales, y se comienza a subrayar y a buscar la función social que se asigna a cada ciencia en particular, función que afecta a métodos y resultados. Y así en el campo de la geografía se descubrió que su función era proporcionar tecnologías de diseño y control social cuando se investigaba en la planificación urbana, rural, teoría de la localización, etc. (N. Smith, 1979, p. 358).

Las ciencias se consideran como sistemas cargados de valores y se introducen actitudes humanistas procedentes de campos ajenos a la Geografía (cristianos, socialistas, existencialistas y marxistas), proclamando la riqueza de la existencia humana por encima de los métodos de análisis de la ciencia positivista. Al mismo tiempo se subrayó el carácter unidimensional de las abstracciones racionalistas concernientes a la naturaleza del hombre, unidimensionalidad presente en la teoría y en la práctica lo que hace cumplir la trágica profecía de Marcuse: «la racionalidad tecnológica se convirtió en racionalidad política.» (D. Ley y M. Samuels, 1978, p. 2).

La protesta se dirigió contra la sociedad tecnológica y contra el carácter dogmático y dictatorial de la ciencia positivista que proporciona una visión restrictiva del hombre por dejar fuera de su estudio aspectos tales como sentimientos, pensamientos, intuiciones, etc. En este sentido como recuerda Tuan (1976, p. 266) el mensaje del humanismo histórico, desde Erasmo (1466-1536) hasta Julián Huxley (1887-1975) nos permite tratar y definir al hombre con una visión más amplia de lo que es, y del modo de actuar una persona. El humanismo a lo largo de la historia tuvo siempre una actitud revolucionaria respecto a las visiones dominantes del hombre. En todo momento se esfuerza por introducir en el estudio todo lo referente a la condición humana, y así como el Renacimiento amplió los estrechos márgenes de la escolástica medieval, el humanismo del siglo XX «busca luchar contra las estrechas limitaciones del positivismo lógico de la ciencia e incluir cuestiones referentes a la estética, literatura, lingüística, el legado y la reconstrucción histórica. (D. Ley y M. Samuels, 1978, p. 5). Sin embargo, el humanismo del sigloXX no es dogmático ni excluyente, pues no niega que el hombre pueda estudiarse desde una perspectiva científica, sino que considera este enfoque parcial y por ello, el humanista ha de considerarlo incluyendo otras actividades que revelan una preocupación humana. Así por ejemplo, Tuan toma como base y punto de partida el enfoque de la etología animal para estudiar el concepto de territorialidad, lugar, nacimiento, intimidad, etc., pero estos conceptos los amplía incluyendo otros lazos emotivos y simbólicos que convierten el espacio en un lu-

gar, es decir, añade todos los aspectos culturales que transforman los comportamientos animales del hombre y hacen de él una especie con capacidad elevada de abstraer, de simbolizar y convertir el espacio en algo más que un contenedor físico. En efecto, mediante conceptos y símbolos el hombre convierte el espacio en algo ligado a él por estrechos lazos emotivos, y ello ocurre incluso en marcos amplios de los que no dispone de experiencias directas. En estos casos, estos espacios que superan la experiencia directa de la gente pueden llegar a transformarse en focos de «lealtad apasionada» a través de símbolos o mediante la educación y la política (Tuan, 1976, p. 268).

El humanismo cree que sólo se tendrá una visión completa de la persona si se incluyen más aspectos que el de la racionalidad considerada por el positivismo. Estos aspectos pueden ser trascendentales, teológicos o simplemente éticos. De no tener en cuenta estos hechos aparecerán dicotomías tales como objeto-sujeto, ciencia-hombre, hechos-valores, que nos alejan de una visión integral del hombre. Por lo tanto, el objetivo del humanismo del siglo XX es rescatar de nuevo al hombre y tratarlo con todos sus atributos, situándolo en el centro de todas las cosas, como productor y producto de su propio mundo, (D. Ley y M. Samuels, 1978, p. 7).

Esta corriente humanista se apoya como es lógico, en las filosofías, fenomenológica y existencial, así como en algunos escritos de Marx y en los neomarxistas Lukacs y Marcuse. El enfoque humanista influyó en la sociología (Alfred Shutz y Karl Mannheim), en los economistas ortodoxos y heterodoxos; impregna asimismo los objetivos del Club de Roma que postula un nuevo humanismo caracterizado por el sentido de la «globalidad», «la justicia social» y el «horror a la violencia» (A. Peccei, 1977). En el campo de la Geografía sus antecedentes pueden rastrearse en Vidal de la Blache, en Hardy que publicó en 1939 una obra titulada «La géographie psychologique» condenada rotundamente por Demangeon, y en algunos trabajos de Wright, Sauer y Lowenthal. Sin embargo, hasta la década de los 70, no se publican obras sistemáticas propugnando este enfoque y apoyándose en una filosofía fenomenológica-existencial. En este sentido, las obras de D. Ley Guelke, Harris, en el campo idealista, y los numerosos trabajos de E. Relph, Buttimer, Yi Fu Tuan y Mercel y Powell desde un enfoque fenomenológico existencial, pueden considerarse como la base de este movimiento que tiene un cierto auge en la década de los años 70 y continúa en nuestros días, aunque con un claro carácter minoritario dentro de la Geografía actual.

En nuestra disciplina, apunta Ley (1980), las tradiciones más significativas en geografía humana han ido soslayando el estudio de las relaciones hombre-medio, para estudiar de un modo dominante las relaciones lógi-

cas entre las cosas dentro de un espacio abstracto y geometrizable. Este autor considera que en el período de entreguerras la geografía humana evoluciona desde Vidal de la Blache a Durkheim. Es decir, gana la batalla una concepción abstracta en la que se estudian relaciones entre objetos, y en esa evolución de *lugar* a *espacio*, el hombre agente geográfico, termina desapareciendo (D. Ley, 1980). En efecto, parece que la geografía humana va perdiendo contenido, primero centrándose en los hechos tangibles del paisaje (Demangeon y Brunhes) y más tarde reduciendo el espacio a una geometría (Christaller) en el que la relación hombre-medio plasmada en la noción vidaliana de *genre de vie*, se ve reducida a una actividad racional. De este modo, al perderse la relación simbiótica vidaliana, el hombre se reduce a un espectro dominado por los factores económicos. El enfoque positivista no puede incorporar «la ambigüedad, la contingencia y los cambios no lineales que constituyen lo habitual en las relaciones dentro del «mundo vivido» (D. Ley, 1980, p. 10).

Este enfoque parcial va a producir una «geografía humana sin hombres», por lo tanto, abstracta, estrecha, pues no tiene presente las intenciones, ni los valores, individuales o de grupos. Este reduccionismo es muy peligroso, pues como dice A. Schutz:

«La salvaguarda del enfoque subjetivo es la única garantía de que el mundo de la realidad social no sea sustituido por un mundo ficticio construido por el observador científico» (Ley, 1980, p. 12).

La Geografía humanística propugna como postulado básico que el «espacio vivido es el mundo de la experiencia inmediatamente anterior al de las ideas científicas». (A. L. Sanguin, 1981, p. 561), y por ello, la geografía humanística estudia el mundo en el que los hombres viven y actúan, en lugar de considerar mundos hipotéticos habitados por seres omniscientes.

La Geografía humanista es contraria al enfoque radical marxista tal y como lo exponen D. Harvey o M. Castells, puesto que estos autores elaboran un mundo mecanicista, en la que todo está previsto y en donde el papel del hombre es nulo. Ley insiste en que los geógrafos marxistas, a pesar de su crítica total al positivismo, no escapan de un enfoque del mundo esencialmente económico y racionalista y así, desear que en la ciudad no se cumpla el modelo de Von Thünen-Alonso, no quiere decir que se prescindiera de las categorías económicas del modelo, pues como señala Jean Baudrillard:

«El materialismo histórico de Marx... es demasiado conservador y está muy enraizado en los supuestos de la economía política, y es demasiado dependiente del sistema de ideas que intenta superar» (A. Ley, 1980, p. 11).

Como resultado, el análisis marxista no supera el fantasma de la producción, que impregna todo el enfoque, ya que como recuerda Adorno, la intención de Marx era convertir el mundo en un taller productivo. Por esta razón, el geógrafo humanista condena también el marxismo, que reduce al hombre a un objeto movido por «procesos históricos» que no son personas sino abstracciones.

En definitiva, el principal objetivo de la geografía humanista es reconciliar la ciencia social con el hombre, acomodar la comprensión con el talento, lo objetivo con lo subjetivo y el materialismo con el idealismo. (D. Ley y M. Samuels, 1978, p. 9). Los dos rasgos esenciales del nuevo enfoque son por una parte, hacer una geografía humana con hombres, tal y como intentó Vidal de la Blache, si bien «no podamos seguirlo literalmente», puesto que «el mundo existencial de Vidal no es el nuestro», una geografía antropocéntrica apoyada en el existencialismo y en la fenomenología que son los enfoques más acordes con los fines descritos, ya que en términos sociales el *espacio* se convierte en *lugar*, la idea abstracta de espacialidad adquiere dimensiones significativas, y la distancia define relaciones de proximidad o de deshumanización.

Por otra parte, subraya el carácter holístico de la ciencia, en oposición a la visión analítica que separa artificialmente los conceptos, y para ello se busca una teoría global no abstracta, sino contextual que permita interpretar las relaciones recíprocas y activas del hombre y el medio.

De acuerdo con los objetivos descritos, la metodología ha de ser inductiva sin que haya que excluir las técnicas de cuantificación, pero sin mitificar la medida, pues «uno es libre de hacer uso de la técnica de forma selectiva y donde lo estime apropiado» (D. Ley y M. Samuels, 1978, p. 13).

La preocupación por la comprensión en lugar de la predicción lleva al investigador a sumergirse, a empaparse en el problema, a conocerlo desde dentro, mediante un conocimiento empático; se recomienda la encuesta antropológica y de un modo especial la *observación participativa*.

La formación de un geógrafo humanista, dice Tuan (1976), debe tener una base en geografía física, en la etología animal, y dominar los conceptos esenciales de las ciencias sociales. Todos estos saberes positivos son el punto de partida que le servirá al investigador para tener en cuenta la valoración de los hombres hacia el medio; asimismo ha de tener una formación lingüística para captar los «matices del lenguaje» y conocer la filosofía, adscribiéndose a aquella que esté más de acuerdo con la finalidad de su investigación. Por último, Tuan considera que la utilidad de la geografía humanista no es pecuniaria, puesto que los contratos se dirigen a los geógrafos con formación cuantitativa, sino que es útil en la enseñanza, ya que su función es «aclarar el significado de los conceptos, símbolos y aspi-

raciones de las personas a grupos con respecto al espacio o al lugar». Por otra parte, puede ser útil en la planificación si consideramos que la respuesta que las personas dan al medio está mediatizada por la cultura, y por lo tanto, una función de la geografía humanista será señalar las virtudes y defectos de una cultura y sugerir medios para lograr despertar en el hombre el sentido del lugar. Tuan concluye que el enfoque humanista nunca será popular, ya que ello requiere un esfuerzo personal introspectivo, una crítica de los fenómenos que se admiten como «datos», y esta actitud y disposición nunca fueron populares en nuestra cultura occidental. La Geografía humanista al ser una crítica reflexiva que exige introspección, supone que el paisaje geográfico ha de ser algo más que el clima, las parcelas y las casas. Debe incluirse también los sentimientos, los conceptos y las teorías geográficas que tiene el hombre o el grupo. Un geógrafo humanista contempla el mundo de hechos y busca constantemente el significado de los mismos.

3. Las principales corrientes humanísticas

Vamos a describir las dos corrientes fundamentales dentro de la Geografía humanística.

a) *La alternativa fenomenológica existencial*

Descrito el contexto social y cultural de las décadas de los años 60 y 70, parece lógico que la Geografía, como lo hicieron otras ciencias sociales, buscase su actitud crítica y su fundamento en la fenomenología existencial.

Tanto la fenomenología como el existencialismo se oponen decididamente al positivismo lógico.

La *fenomenología*, aunque es un movimiento filosófico complejo y variado, se inspira básicamente en la obra de Edmund Husserl (1859-1938). Puede considerarse como la teoría de la apariencia y el fundamento de todo saber empírico. La *fenomenología* se abstiene de toda especulación y se limita a describir las apariencias directas. Su práctica implica prescindir de todo tipo de suposiciones sobre los hechos, limitándose a la observación de las apariencias. Para Husserl la fenomenología es a la vez un *método* y un *modo de ver*, aspectos ambos muy relacionadas, por cuanto que el método se constituye mediante un modo de ver y éste mediante un método.

El método fenomenológico considera previamente que las leyes lógicas, son leyes lógicas puras y no empíricas y además que actos tales como la abstracción, el juicio, la inferencia no son actos empíricos, sino actos in-

tencionales que tienen su correlato en puros términos de la conciencia. Esta conciencia aprehende puras significaciones en cuanto son simplemente dadas y tal y como son dadas. El prescindir de todo tipo de supuestos y la actitud radical de prescindir también de la creencia en la realidad del mundo natural y las proposiciones a que da lugar, no es negar la realidad sino abstenerse de formular juicios sobre la existencia, espacio temporal del mundo. Este abandono o voluntad de prescindir de presupuestos es la *epoché* que permite reconsiderar todos los contenidos de conciencia, en lugar de examinarlos sin más en cuanto que son puramente dados. Así pues, la fenomenología no presupone nada, se sitúa antes de toda creencia y de todo juicio para explorar simplemente lo dado. Este método fenomenológico lleva a cabo un reduccionismo que son las esencias. Una vez que se produce esta primera reducción fenomenológica aparece la *reducción trascendental* por medio de la cual se pone entre paréntesis la existencia misma de la conciencia y en lugar de tender hacia lo que se da en ella, tiende hacia si en su pureza intencional. Esta última fase a la que Husserl concede gran importancia no es admitida por todos.

Un concepto esencial presente en Husserl es el del «mundo vivido» (*Lebenswelt*) dominio de evidencias originales, es el mundo de las experiencias inmediatamente antes de aparecer las ideas de la ciencia. Cada persona descubre el «mundo vivido» prescindiendo de todo supuesto científico o de sentido común. Uno de los grandes ataques que Husserl hace a la ciencia positivista es el empleo indiscriminado de abstracciones, no apoyadas en la experiencia, y es precisamente este desfase entre la abstracción creciente de la ciencia y su alejamiento del mundo vivido lo que origina la profunda crisis del pensamiento occidental.

El *existencialismo* ejerció una influencia en la Geografía matizando en algunos aspectos el enfoque fenomenológico de Husserl en el sentido de subrayar el concepto expuesto por Sartre de que «la existencia es anterior a la esencia» y que el hombre ante todo «existe», surge en el mundo y luego «se define» (M. Samuels, 1978, p. 124). Por lo tanto una geografía existencial estudia la biografía del paisaje, definido como «todo conjunto de lugares significativos, junto con las situaciones de las que surge, constituye un paisaje con una biografía» (M. Samuels, 1978, p. 126).

Así pues, la fenomenología existencial subraya la individualidad del hombre, la subjetividad y la libertad, oponiéndose a la pretensión de las ciencias sociales en buscar regularidades en el comportamiento humano. La pregunta básica de la fenomenología existencial es indagar por el ser personal, y los aspectos trascendentales de la fenomenología de Husserl se rechazan en favor de una comprensión del hombre en el mundo. Los significados básicos de los conceptos espaciales se consideran como lazos

afectivos entre el hombre y su mundo y el espacio objetivo de la ciencia física o de la geometría es una simple abstracción del espacio existencial (J. N. Entrikin, 1976), y uno de los aspectos esenciales es comprender la estructura del espacio existencial, en donde la *distancia* es una conexión afectiva, y no métrica, y el *lugar*, un conjunto de significados, o como dice Tuan, «encarna la experiencia de aspiraciones de la gente» (1977).

En resumen, el enfoque fenomenológico existencial es antipositivista, pues no admite que la única verdad sea la alcanzada por el método hipotético deductivo; es antirreduccionista, pues se dirige a comprender plenamente los hechos de experiencia y no a reducirlos a simples explicaciones (Relph, 1980). Supone, en definitiva, una reinterpretación por parte de los existencialistas como Sartre, Heidegger y Merleau-Ponty, de las interpretaciones de Husserl rechazando los aspectos más idealistas del enfoque husserliano.

b) La Geografía y la fenomenología existencial

Ya hemos dicho que este movimiento filosófico inspiró a las ciencias sociales y también a la Geografía, a partir de la década de los 70. Algunos geógrafos norteamericanos consideraron útil la aplicación del método fenomenológico y así partiendo del «espacio vivido» descubren que algunos hechos que creían conocer suscitan dudas e interrogantes, en tanto que otros fenómenos que juzgaba insignificantes y no merecedores de investigar exigían un estudio profundo por sus consecuencias en el paisaje.

El geógrafo que asume la fenomenología existencial parte de todo el «mundo vivido», pero sólo formula algunas preguntas dentro de ese contexto experiencial, como son ¿cuál es la naturaleza del hombre habitante en la Tierra? ¿Cuáles son las experiencias significativas que poseemos de los lugares? ¿Cómo experimentamos el sentido de pertenencia a un lugar? ¿De qué modo a lo largo del tiempo varía nuestra actitud hacia los lugares y la naturaleza? ¿Cómo surgen los lazos de afecto o de rechazo hacia lugares, paisajes y regiones? ¿Cómo se convierte el espacio, concepto abstracto, en lugar, centro de significación personal o colectivo? ¿De qué modo se producen los movimientos, casi inconscientes, y cotidianos en el mundo? Este conjunto de interrogantes que hacemos a la experiencia y que es anterior a todo conocimiento geográfico formal, es la temática básica de esta geografía humanista apoyada en el método fenomenológico trascendental.

Hemos de decir, que hasta el momento presente este enfoque se presenta más como una alternativa posible que como una realidad apoyada en la investigación empírica y corroborada con la evidencia. Incluso algún

partidario de este enfoque lo presenta como un método complementario, poco adaptable al estudio de los temas geográficos tradicionales (Tuan, 1976), pero que permite establecer la síntesis entre las ciencias sociales y las humanidades. También Relph (1980) en un estudio reciente subraya la escasa producción de esta tendencia.

En todos los estudios, aparece de un modo constante y predominante el concepto del «espacio geográfico vivido» que aunque no claramente separable del «espacio vivido total», puede identificarse porque tiende a subrayar las relaciones entre los lugares y el hombre. Fue Dardel (1952) el primero en emplear nuestras experiencias preconceptuales sobre el territorio, el lugar y el paisaje, utilizando el término de «geographicité» para expresar los lazos que unen a las personas con el entorno antes de aparecer cualquier tipo de conocimiento sistemático. Estos lazos se manifiestan —dice Dardel— en el sentido de pertenencia a un lugar y en una cierta sensibilidad hacia el paisaje, para Dardel la «geographicité» es muy importante y, así, manifiesta:

«La realidad geográfica exige una implicación total del individuo, con sus emociones, cuerpo, hábitos que es tan plena que uno llega a olvidarla, como se olvida la vida fisiológica» (Sanguin, 1981, p. 574).

El geógrafo Yi Fu Tuan (1977) examinó de un modo sistemático el devenir del *espacio*, a *lugar*. Este autor considera que *espacio* y *lugar* son los componentes básicos del medio, e intenta examinarlos partiendo de la experiencia propia y ajena. Tuan toma como punto de partida el comportamiento animal, pero no incurre en un biologismo simple, puesto que aunque el hombre comparte con los animales ciertas formas de conducta, responde sin embargo ante el *espacio* y el *lugar* de un modo diferente, puesto que el hombre tiene una alta capacidad de pensar y simbolizar, Tuan se pregunta que *espacio* y *lugar*, a pesar de ser componentes básicos del mundo vivido, se toman como dados y no son objeto de un análisis reflexivo. Por ello, su primera pregunta es cómo el hombre que es animal, fantasía y cálculo, experimenta y entiende el mundo vivido. Para ello Tuan parte de una perspectiva experiencial, es decir, desde los diferentes modos de comprender y elaborar una realidad. Modos que van desde los sentidos más pasivos: olfato, gusto y tacto, a la vista y la capacidad de simbolizar. De este modo reconstruye el aprendizaje del espacio y su transformación en lugar, apoyándose muy directamente en la teoría de Piaget. Demuestra claramente cómo la capacidad espacial en el hombre es anterior al conocimiento simbólico o cartográfico del mismo.

El concepto de *lugar* es, para la fenomenólogos, algo más que un simple agregado, es ante todo un conjunto de significados o, utilizando

palabras de Tuan, «los monumentos, obras de arte, ciudades o naciones son *lugares* porque organizan el espacio y constituyen centros con significación» (1977, p. 213). Relph en esta misma línea, afirma que el lugar puede entenderse como «focos con significación o intenciones, determinados cultural o individualmente». Tanto Relph, como Tuan y Buttimer proponen el concepto de *lugar* como el centro y el objetivo esencial del conocimiento geográfico. La idea del espacio vivido (*lifeworld*) en Buttimer (1976) comprende el mundo de los sucesos, negocios y el de los valores, incluyendo la experiencia personal. Para esta geógrafa el asiento espacio-temporal, definido culturalmente o el «horizonte cotidiano» se experimenta de un modo global, y sólo cuando somos conscientes de este «mundo vivido» podemos intentar comprender (poniéndonos en el lugar de los otros, esto es, *empáticamente*), los horizontes cotidianos compartidos con otras personas y con la sociedad.

Buttimer considera que sólo de este modo —introduciendo estos aspectos precognitivos en la conciencia— podemos despertar en nosotros el sentido de identidad y pertenencia con respecto a un *lugar*, es decir, transformar el espacio en algo significativo, pudiendo así empatizar con los lugares de otras gentes.

Una idea compartida por estos geógrafos, es destacar la importancia de los lazos que unen el hombre al *lugar*, estos lazos se consideran que cuando son sólidos y afectivos confieren una cierta estabilidad al individuo y al grupo; por el contrario la tendencia tecnológica actual hacia «los no-lugares» (*placeness*) es decir, una ordenación del territorio que configura un paisaje uniforme, despersonalizado y sin carácter, produce fuertes tensiones especialmente en la población urbana, en donde, como dice Sanguin, la «sheronización» y la «hiltonización» es la norma arquitectónica en las ciudades de hoy.

Tanto Relph como Tuan y Buttimer examinan fenomenológicamente los mecanismos que ligan positiva y negativamente al hombre con el lugar. Tuan en su libro «*Topophilia*» (1974) examina la variedad de experiencias placenteras derivadas de los lazos afectivos que establece el hombre con el lugar. A este tipo de experiencias las denomina *topofilia*. Además de estos lazos afectivos entre las personas y el lugar, puede darse también, la *topolatría*, es decir, el lugar puede despertar un sentimiento reverencial y mítico; por último la *topofobia* es la aversión o el miedo hacia un lugar. Entre la *topofilia* y la *topofobia* se manifiesta con más frecuencia la *toponegligencia*, tendencia a perder el sentido del lugar, lo que explica, según estos geógrafos, las raíces de la crisis ecológica actual. La tendencia hacia «el no lugar» o «sin lugar», supone para Relph que se experimenta un corte en las raíces del hombre con el medio lo que produce una «ero-

sión en los símbolos» y una sustitución de la diversidad por la uniformidad y del orden vivencial por el orden conceptual, abstracto e impersonal.

En esta misma línea argumental insiste Sanguin (1981), añadiendo al peligro del «no-lugar» el fenómeno *Kitsch*, producción de objetos falsos que crea una relación artificial entre hombres y objetos producidos para el consumo de masas, y en este proceso de inautenticidad los lugares y el paisaje se tratan como objetos de consumo; el resultado es una alienación del hombre al que se le incita a considerar y a consumir lo trivial como si se tratase de necesidades vitales y lo fantástico se le presenta como real. Un ejemplo dramático puede ser el fenómeno de la segunda residencia en donde se presenta la necesidad de contacto con la naturaleza identificada con la compra de trozos de tierra (parcelas, promoción de ventas de chalets y apartamentos en la sierra y en la playa por parte de las urbanizaciones), con el consiguiente detrimento para la economía de los compradores y para el equilibrio ecológico de playa y montaña.

Ligado en la temática, aunque sin adscribirse a ningún tipo de filosofía, están los trabajos de algunos geógrafos franceses que introducen en sus estudios el concepto del «*espace-vécu*» (espacio-vivido) y dirigen sus objetivos hacia una geografía con rostro humano («*géographie à visage humaine*») (Sanguin, 1981, p. 584).

La noción de *espacio vivido* aparece en Frémont que intenta demostrar que la región es algo más que un «todo objetivo» y considera que la ordenación que requiere nuestro siglo «la región ha de aportar el contrapeso afectivo y estético de lo insustituible y de lo implanificable». Otras líneas de investigación son la reconstrucción de los espacios vividos experimentados por otros pueblos en diferentes épocas históricas, así como el estudio del simbolismo y de la simiótica del paisaje.

c) *La alternativa idealista*

Dentro del humanismo, un movimiento aún más minoritario que el de los que proponen la fenomenología existencial, lo constituye el de los geógrafos idealistas. Proponen como base de su alternativa la *filosofía idealista* que afirma que lo que mueve las acciones humanas son los *ideales*, realizables o no, pero casi siempre considerados como realizables. Es una filosofía acorde con las aptitudes del humanismo, puesto que tiene especialmente en cuenta la acción humana, y la acción del hombre en sociedad.

El *idealismo* inicia la reflexión filosófica no a partir del mundo externo, sino del yo, el sujeto o la conciencia. El idealismo como la fenomenología, es desconfiado, desconfianza que se manifiesta hacia todo

lo real, o mejor dicho hacia todo lo que pretende ser real, incluyendo los supuestos modelos de la realidad sensible. Para el idealismo «ser» significa ser dado en la conciencia. Una de las mayores diferencias entre el idealismo fenomenológico de Husserl y el idealismo filosófico, es que, en el primero, la conciencia se manifiesta como una multitud de sujetos, en tanto que en el segundo, en el idealismo trascendental, hay sólo una conciencia pura.

En Geografía se adoptó el idealismo epistemológico que afirma que el mundo puede conocerse sólo indirectamente a través de las ideas y por lo tanto no existe mundo real que pueda conocerse independientemente de la mente (Guelke, 1980, p. 134). Tanto Guelke como Harris consideran que una metodología apoyada en el idealismo podría resucitar el carácter sintético y holístico de la geografía tradicional, pues se considera que el enfoque cuantitativo empobreció de contenidos la disciplina al reducirla a un simple espacialismo geométrico y ha producido teorías que explican cómo debería organizarse el mundo partiendo de unos supuestos alejados de la realidad. En lugar de esta obsesión de buscar leyes semejantes a las de las ciencias naturales, el geógrafo debería intentar comprender el funcionamiento real de las regiones.

El método propuesto es el *Verstehen*, ésto es, «repensar los pensamientos de aquellas personas cuyas acciones espaciales queremos explicar» (Guelke, 1974, p. 193). Todas las acciones espaciales: emigrar, cultivar, cambiar de residencia, etc., son resultados de un pensamiento racional, apoyado en una teoría. Por lo tanto, para explicar el paisaje no es preciso introducir un esquema teórico apoyado en unos supuestos restrictivos y casi siempre pocos realistas (isotropía, racionalidad total del hombre, minimización de las distintas, etc.); será suficiente reconstruir el pensamiento contenido en la acción espacial, que se apoyará en una teoría que formará parte de la sociedad y del contexto cultural en la que se inserta el actor o el grupo objeto de estudio.

Este modo de explicación empática (*Verstehen*) es muy distinto del modo de explicación del positivismo que es apropiado para comprender los fenómenos humanos no racionales y fenómenos no humanos, pero inadecuado para los fenómenos humanos puesto que ya están ordenados según un pensamiento fundado en una teoría.

Todo hombre es a la vez una entidad física y social, y para explicar los aspectos o las acciones del hombre sobre el paisaje, el geógrafo idealista sólo considera los aspectos racionales de las acciones humanas, lo que no significa que no se valoren los factores psicológicos y sociales, pero en principio se da por supuesto en todo los individuos una normalidad física y si-

cológica; es decir, restringen su preocupación al pensamiento racional que está detrás de la acción que origina o transforma un paisaje.

Así, pues, la preocupación clave de los idealistas no es proporcionar una explicación causal de un fenómeno del paisaje, sino llegar a comprender la significación humana del mismo, puesto que los sucesos reales, los hechos, son sólo importantes en la medida que estén dotados de significación humana.

La esencia del «repensar» implica discernir la finalidad de las acciones humanas, es decir, la racionalidad de los actos objeto de investigación.

Por ello, el geógrafo no precisa disponer de teorías propias, ni afanarse en buscarlas, sino simplemente elucidar las teorías en las que se apoya el pensamiento que lleva al hombre a un grupo a realizar una acción espacial. Es pues, el geógrafo un usuario de leyes y teorías, no un buscador de ellas. Así, por ejemplo, para explicar los movimientos migratorios hemos de investigar en que teoría se apoya la valoración de «mejores condiciones de vida», puesto que una persona o un grupo no se siente atraída por una ciudad o región con «mejores condiciones de vida» como las limaduras de hierro por un imán sino acepta como mejores esas condiciones supuestas; el hombre es un «animal teórico» cuyas acciones se basan en la comprensión teórica de una situación.

El idealismo comparte con la fenomenología su rechazo al positivismo y su preocupación por subrayar los hechos y sucesos de significación humana; pero el idealista hace una distinción clara entre los aspectos intelectuales y racionales del comportamiento humano que son generalizables según determinados conceptos culturales y los emotivos; mientras que, como señala Guelke (1980, p. 142), los fenomenólogos al intentar describir la totalidad del *mundo vivido*, tal y como se produce en las experiencias individuales introducen un fuerte elemento de subjetividad, pues no logran separar los aspectos susceptibles de comprensión objetiva de los que no lo son.

Con respecto al marxismo, los idealistas subrayan más las influencias de las ideas, dejando en un segundo plano la influencia del modo de producción en la sociedad.

La Geografía humanística es objeto de críticas desde diversas posiciones. Desde el punto de vista marxista se indica, como subraya Lukacs, que la fenomenología comete el error de «confundir la reproducción intelectual de la realidad con la estructura real misma»; como consecuencia la objetificación del hombre a través del trabajo, supone una cualidad ilusoria de la conciencia y todo el esfuerzo del hombre para modelarse a sí mismo y al mundo, se concibe como dictado por la conciencia, convirtiendo así la historia en el acto de pensar y la naturaleza en una cualidad del

pensamiento; por consiguiente, la fenomenología al restringirse a la apariencia del mundo es incapaz de penetrar en la realidad objetiva (Burgess, 1976, p. 19).

Algunos geógrafos positivistas, como Jackson (1981, p. 282) centran sus ataques en el énfasis que otorgan a las experiencias individuales, dudando que este tipo de trabajo pueda superar la fase descriptiva. Smith (1981) subraya que no es suficiente «la observación participante» y que sin procedimientos analíticos explícitos y replicables, la geografía humanista no superará la fase descriptiva, pues es precisamente en este tipo de enfoque donde más claro hay que dejar el papel jugado por el analista social.

Así pues, el reto de la geografía humanística está en aclarar la metodología, ya que la palabra *Verstehen* se aduce siempre que no se han resuelto los problemas metodológicos. Y no hay que olvidar que el problema de la comprensión empática está en la posible esquizofrenia intelectual de prescindir de nuestra propia visión del mundo para implicarnos, sin ideas previas, en la forma de vida de la persona o grupo objeto de investigación. Por ello, hasta que no se aclare su metodología, la geografía humanista es más una actitud crítica al positivismo que una alternativa geográfica (Entrinkin, 1976, p. 630).

En suma, la gran aportación de la geografía humanista es poner en tela de juicio muchos conceptos mal conocidos, ensanchar el campo de la disciplina sugiriendo nuevas vías que pueden ser esenciales, puesto que, como dice Relph, un estudio geográfico ha de medirse por «lo que añade al conocimiento del mundo o a nuestra propia comprensión», más que por seguir unas reglas metodológicas precisas.

Como conclusión podemos decir, que la pretensión de derrocar «la dictadura del positivismo» y buscar un nuevo paradigma que la sustituya, no se ha logrado y que si bien existen esquemas y propuestas apoyadas en filosofías diferentes al positivismo lógico, carecemos de «ejemplares», es decir, de un cuerpo de doctrina, de una metodología y de unas técnicas que permitan enfrentarnos con el estudio del hombre y su actuación en el medio. Esta conclusión, no quiere decir que los esquemas y alternativas expuestas no sean dignas de tenerse en cuenta y de seguir profundizando en las mismas, puesto que algunas parecen muy apropiadas en el campo de la enseñanza y de la ordenación del territorio. Así pues, la proliferación de tendencias, lejos de producir confusión deben verse con una mente abierta, aplicando el viejo proverbio chino «deja que broten cien flores», puesto que con todas ellas conseguiremos una visión del mundo más plena, más matizada y sobre todo, más humana que con la adscripción ciega a un sólo enfoque.

BIBLIOGRAFIA

- BURGESS, R. 1976: *Marxism and Geography*. Department of Geography. University College London.
- BUTTIMER, A. 1974: *Values in Geography*. Ressource Paper, n.º 24. Association of American Geographers.
- BUTTIMER, A. 1976: «Grasping the Dynamism of Lifeworld». *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 66, pp. 277-292.
- CAPEL, H. 1981: *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea. Una introducción a la geografía contemporánea*. Barcelona, Barcanova.
- ENTRIKIN, N. J. 1976: Contemporary Humanism in Geography. *Annals of Association of American Geographers*, vol. 66, pp. 615-632.
- FRUTOS MEJÍAS, M. L. 1980 «Una penetración en España de la geografía radical». Norba, pp. 99-122.
- GARCÍA BALLESTEROS, A. Tendencias fenomenológicas y humanísticas en la Geografía actual. Comunicacion al II Coloquio Ibérico de Geografía, Lisboa (en prensa).
- GARCÍA RAMÓN, M. D. 1977 La geografía radical anglosajona. *Documents d'Análisi de Geografia*, n.º 1, pp. 59-69.
- GUELKE, L. 1974 An Idealist Alternative in Human Geography. *Annals of Association of American Geographers*, vol. 64, pp. 193-202.
- GUELKE, L. 1980 *Idealism*. En «Themes in Geographic Thought», eds. P. Holly y M. Harvey. Londres, Croom, pp. 133-147.
- HARTSHORNE, R. 1960 *Perspective on the Nature of Geography*. Londres, John Murray.
- HETTNER, A. 1927 *Die Geographie ihre Geschichte, ihr Wesen und ihre Methoden*. Breslau, Ferdinand Hirt.
- HURST, E. 1979: «Geography, Social Science and Society: Towards a re-definition». *Australian Geographical Studies*, pp. 3-20.
- JACKSON, P. 1981: «Phenomenology and Social Geography». *Area*, vol. 13, n.º 14, pp. 299-305.
- JAMES, E. y colabs. (edits) *American Geography. Inventory and Prospect*. Syracuse University Press.
- JOHNSTON, R. J. 1979: *Geography and Geographers. Anglo-American Human Geography since 1945*. Londres, Arnold.
- KUHN, T. S. 1971: *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- LEY, D. y SAMUELS, M. (edits.) 1978: *Humanistic Geography. Prospects and Problems*. Londres, Croom Helm.
- LEY, D. 1980: *Geography without Man: A Humanistic Critique*. School of Geography. University of Oxford.
- LEY, D. 1981: «Cultural Humanistic Geography». *Progress in Human Geography*, vol. 5, n.º 2, pp. 248-257.
- PECCER, A. 1977: *La calidad humana*. Madrid, Taurus.
- PEET, R. 1977: *Radical Geography. Alternative Viewpoints on Contemporary Social Issues*.
- PEET, R. 1981: «Spatial Dialectics and Marxist Geography». *Progress in Human Geography*, vol. 5, n.º 1, pp. 105-109.
- RELPH, E. C. 1980: *Phenomenology*. En «Themes in Geographic Thought», edits. por B. B. Holly y M. E. Harvey. Londres, Croom Helm, pp. 99-113.
- SANGUIN, A. L. 1981: «La géographie humaine ou l'approche phénoménologique des lieux, des paysages et des espaces». *Annales de Géographie*, no. 501, pp. 568-584.

- SEAMON, D. 1979: *A Geography of the Lifeworld*. Londres, Croom Helm.
- SMITH, N. 1979: «Geography and Post-positivist Modes of Explanation». *Progress in Human Geography*, vol. 3, n.º 2, pp. 356-383.
- SMITH, N. 1981: «Humanistic method in Contemporary Social Geography». *Area*, vol. 13, n.º 4, pp. 293-300.
- TUAN, Y. F. 1974: *Topophilia: A Study of Environment Perception, Attitudes and Values*. Nueva York, Prentice Hall.
- TUAN, Y. F. 1976: «Humanistic Geography» *Annals of Association of American Geographers*. Vol. 66, n.º 2, pp. 266-276.
- TUAN, Y. F. 1977: *Space and Place. The Perspective of Experience*. Londres, Arnold.

RESUMEN

En este trabajo se intenta presentar la geografía humanística y sus principales corrientes. En una primera parte se analiza el contexto general en el que surge la corriente citada en las ciencias sociales y en la geografía. En el campo de la geografía el objetivo general del enfoque humanístico es estudiar al hombre con todas sus características y situarlo en el centro de todas las cosas.

En la segunda parte, se analizan los conceptos más importantes extraídos de la obra de los autores más notables de la fenomenología existencial (Buttimer, Relph y Tuan) y del idealismo (Ley, Harris y Guelke). Tanto los fenomenólogos como los geógrafos idealistas denuncian la tiranía del paradigma cuantitativo acusándolo de simplificador y reduccionista, ya que deja al margen aspectos tales como los valores e intenciones individuales y de grupo. El objetivo esencial es el estudio del mundo vivido, prescindiendo de mundos hipotéticos poblados por hombres con saberes totales.

Por último, se subrayan algunas insuficiencias metodológicas y se concluye afirmando que la geografía humanística es más bien una actitud de crítica al positivismo lógico imperante en la geografía cuantitativa y una sugerente ampliación del campo de investigación geográfica que una auténtica alternativa al paradigma cuantitativo.

RÉSUMÉ

L'objectif de cet article est de présenter une nouvelle approche appelée géographie humaniste. Dans la première partie on analyse le contexte général sur lequel la géographie humaniste est apparue comme un défi de la dictature de l'approche «quantitativiste». Les géographes humanistes ont emprunté beaucoup de concepts des philosophies existentielle et phénoménologique, aussi bien que de la philosophie idéaliste. Pour cette raison nous présentons quelques idées provenant de ces champs philosophiques et qui ont été introduites en géographie humaniste.

Dans la deuxième partie de ce travail nous discutons quelques résultats des géographes phénoménologistes comme par exemple Buttimer, Relph, et Tuan; et de géographes idéalistes comme Ley, Harris et Guelke.

Finalement, après avoir remarqué quelques insuffisances méthodologiques, nous finissons par considérer que la géographie humaniste est plutôt une façon de critique au positivisme philosophique de la «nouvelle géographie» et aussi une sorte de point de vue suggestif plus que une alternative réelle au paradigme de la Géographie quantitative.

ABSTRACT

The main aim of this paper is to explore a new geographical approach denominated «humanistic geography». In the first section we analyze the general background on which humanistic geography has been arisen on both, social sciences and geography. The humanistic geographers lay the foundations on the phenomenological existentialism and the idealism philosophies, therefore some ideas from those fields are introduced because have been used in the humanistic geographical approach.

In the second section of this paper we discuss some of the most relevant results drawn from the most representative authors of both trends: phenomenologists such as Buttimer, Relph and Tuan; and idealists such as Ley, Harris and Guelke.

Finally, after underlining some methodological shortcomings, we conclude that the humanistic geography may be regarded rather a way of criticism to the philosophical positivism introduced in the «new geography» and also as a suggesting point of view than a true alternative to the quantitative paradigm.